

XXXIV Concurso de Cuentos "Villa de Mazarrón"

- Antonio Segado del Olmo -

2018

ELISABETTA EN LA PIEDRA

MATÍAS MIGUEL CLEMENTE GABALDÓN

PREMIO

El 13 de Julio de 2018,
el jurado del Concurso de Cuentos
Villa de Mazarrón - Antonio Segado del Olmo,
compuesto por Antonio Lucas Herrero, Antonio
Parra Sanz, Mari Ángeles Rodríguez Alonso, Fernando
Fernández Villa, José Cantabella Miras y José María
López Ballesta, otorgaron el Premio de la trigésima
cuarta edición al cuento titulado Elisabetta en la piedra,
de Matías Miguel Clemente Gabaldón.

Matías Miguel Clemente Gabaldón, nace en Albacete en 1978. Es licenciado en Filología Hispánica En el año 2003 recibe el Premio Nacional de Poesía Joven Radio3 de Radio Nacional de España por su libro *Lo que queda* (DVD Ediciones, Barcelona). Resultó ganador del Premio de narrativa y de poesía del Certamen Jóvenes Artistas de Castilla-La Mancha en 2003 y 2004 respectivamente. En 2007 publica *Los Límites* (La Garúa, Barcelona). En el año 2015 publica *Dreno* (La Bella Varsovia, Madrid) Ha participado en las antologías *33 de Radio3*, Calamar ediciones, *Inmaduros*, *Poesía joven de Castilla-La Mancha*, Ediciones de la Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha, *Que la fuerza te acompañe*, El Gaviero Ediciones, *Serial*, El Gaviero ediciones, *El llano en llamas*, Fractal Poesía.

En los últimos años ha sido incluido en las antologías *El peligro y el sueño*, *Escuela poética de Albacete*, Editorial Celya y *Desde el mar a la estepa*, Chamán Ediciones. Sus poemas han sido traducidos al francés y al italiano para diversas publicaciones. Ha sido profesor de Lengua y Literatura en Turín durante 5 años.

ELISABETTA EN LA PIEDRA

Yo soy Elisabetta y nadie ha estado más tiempo esperando a ser descubierta que yo. Desde lo más oculto de las almas de mis hermanas apareceré como un monstruo cargado con armamento de metal, con cuchillos y con espadas y machetes enraizados dentro de la piel, perfectamente preparados para ser extraídos por mi propia mano y levantados en pie de guerra. Mis manos que aún se están cociendo y que guardan el calor de la inmediata muerte serán las llaves que darán redención a los ojos de quien abandonó mi ser, a lomos de la más cruel de las muertes. Los ojos de quienes estuvieron conmigo, durante mi corta pesadilla, serán expoliados y metidos en el fondo de una bolsa que me llevaré a mi agujero de serenidad punzante. Con mis manos me sacaré los puñales de la espalda y de mi vientre, y los lanzaré de un soplado. Me cogeré los pechos que no crecieron, y haré como si los arrancara para ofrecerlos como veneno ignoto a quien quiso poseerlos antes de que fueran país, tierra, pueblo. Mi pequeño sexo, mi piel, mis dolores de brazo, mis ojos siempre húmedos, los pájaros que venían a picarme debajo de los párpados, y que ninguno os creísteis, se volverán canción grabada con filo en vuestros corazones, que me añoran, no así el fuego atado que despertaré el día que todas y todos hagan de mi recuerdo un estado de sitio, un dolor. Ese fuego será letra en vuestra piel. El dolor seré yo, Elisabetta, liberada de la magia pobre de una foto.

Yo estaba más que acostumbrada a escuchar el nombre de Elisabetta como *la niña*. Y sabía que esa niña no estaba, que su presencia era parte de una nube instalada encima de las tías. Sabía perfectamente que las tías eran todas las que yo conocía y una más. Cuando se juntaban a comer, a tomar café, o regresábamos a la aldea los fines de semana, siempre tenían un par de minutos, casi al terminar el encuentro, para reírse y recordarla, tras lo que siempre aparecía un carnoso silencio al que todas miraban desde su asiento. Unas lo veían debajo de sus rodillas, moviéndose despacio entre los pies, y otras, como mamá, se obstinaban en mirar hacia arriba, en busca de ese silencio en algún hilo de nube. En esos breves lapsos de tiempo, mis tías y mi madre, se convertían en cipreses enraizados en una silla. Las tías eran cuatro; cuatro hermanas y Elisabetta, que fue la pequeña durante el tiempo que estuvo entre ellas. Ahora han ido desapareciendo todas, poco a poco, yéndose como una hermosa canción que comienza a descender de volumen después de sonar impetuosa.

Mi madre estuvo durante años buscando una caja en la que su madre, mi abuela, había metido todas y cada una de las fotos de las niñas. El día que encontró la caja fue el primer día de mi vida con la niña. Una tarde que fuimos solas sin papá, que era el que solía llevarnos en el viejo 1100, se produjo una tormenta de la que fue difícil resguardarse, porque removió y caló los cimientos del edificio indestructible que era mi madre para mí, y también la mía propia, que estaba entonces, todavía, procurándose una especie de cocción de barro dentro de mis piernas y de mis brazos.

Recuerdo que yo estaba sentada en la escalera de la casa, con los leotardos y la falda del colegio, que no ayudaba demasiado, todo sea dicho, a soportar el frío de los escalones, en un suelo de viejos adoquines con un diseño que hacía perspectivas en blanco y negro, y que me servía para colocar botones ganados por mi buen comportamiento, durante semanas, en el taller de costura de la tía Carola. Mientras, oía a mi madre maldecir y dolerse por la falta de orden de la cámara que coronaba la escalera, y que había servido para que decenas de trajes y libros descansaran del trabajo que les dieron las tías, sobre todo Sabrina, que no había sido buena estudiante. Según me contó en aquel momento no paraba de chantajear a Carola para que le hiciera vestidos, siempre a cambio de no contar a los abuelos sus salidas del pueblo con Sandro pequeño, un chico recién llegado al pueblo con una familia de la que no se hablaba demasiado bien. Pero al final la caja apareció, y lo hizo como lo hacen las malas noticias, sin avisar, sin dejar espacio para la reacción, porque cayó al quitar otra caja de cartón de la leja que había en el fondo de la cámara. Gritó como grita una piedra cuando choca con otra, un grito breve y agudo, lleno de astillas de cuarzo que solo pudieron clavarse dentro, y que dolían y duelen hasta hoy. En realidad, el descubrimiento era una de esas quimeras a las que temes tanto como a la propia muerte, de hecho, la muerte, mucho tenía que ver con esa caja, con el grito de piedra, con la fotografía que buscaba y para mí, para mi mundo, con la pérdida de unos cuantos botones que salieron despedidos escalera abajo, cuando oí su reacción.

La primera vez que la vi fue en esa fotografía que no tardó en sacar de la caja. Las fotos estaban cogidas por pequeñas gomas de caucho, y había al menos siete confecciones, como si formaran capítulos. Me di cuenta de que mamá sabía perfectamente dónde estaba la fotografía de la niña, porque desechó con rapidez todos los paquetes menos uno. Quizá la abuela estableció un orden

cronológico, ya que mamá escogió el último de los paquetes. Sentada en la escalera donde había estado yo minutos antes y con el mismo frío que tuve entonces, comenzó a llorar mientras golpeaba el paquete contra sus rodillas sin quitarle la goma, como si quisiera golpear a tía Elisabetta, pero sin hacerle daño. Estaba completamente sola, en ese momento noté cómo yo también me diluía a través de la soledad y el abandono que sintió, y sentí descender las escaleras como agua que emanase de la nada. Emitía un sonido quejumbroso que tenía más que ver con la enfermedad que con el dolor. Hasta que se percató de que yo estaba detrás de ella, abrazada a su espalda y con la mejilla puesta justo donde el sujetador nos hacía daño a ambas, a ella en la columna y a mí en la cara, de tanto apretar.

-No te preocupes, mi niña- Me dijo. -Mamá quería mucho a la tía Elisabetta, pero eso es bueno, querida. Llorar a la gente que quieres es bueno- Terminó diciendo, mientras dejaba a un lado el paquete de fotografías, todavía sin abrir, y me sentaba en sus rodillas, y me cogía la cara con las dos manos para luego, incomprensiblemente, decirme que recogiera los botones que se habían caído y que bajara a ver si habían venido los vecinos, los señores Bagnasco. En ese momento sentí un escalofrío que me recorrió desde la trenza que llevaba en el pelo hasta la punta de los dedos de los pies. Sentí el descenso vertiginoso de autoestima y de firmeza que me había dado, momentos antes, el creer que la había consolado con mi abrazo. Algo que debíamos aprender pronto las mujeres de aquí es que seríamos imprescindibles de golpe, sin aviso, sin preparación, mientras tanto debíamos aprender a diluimos cuando nos lo dijeran, da igual si la orden venía de una mujer o de un hombre.

Bajé despacio, recogiendo los botones que iba encontrando, mientras sentía cómo mamá ya se había abandonado otra vez, cómo se convertía de nuevo en un ser de dos dimensiones. Miré de reojo y la vi coger de nuevo el paquete. Entonces yo había llegado al final de la escalera y me escondí en el lateral, donde no podía verme, y empecé a escuchar sus gemidos y el sonido de su vestido hacer esfuerzos por no deshacerse. Intuí que se movía hacia atrás y hacia adelante, sentada todavía. Pude oír perfectamente la goma de caucho deshacer el paquete, algunas fotos desprenderse de su estrechez de años, y por fin, un silencio como el que aparece siempre con las tías, un silencio que ahoga, que se mete hasta la garganta y que no te permite tragar saliva. Supe que había encontrado la

fotografía. Asomé la cabeza para ver si seguía allí, en ese otro mundo que yo veía como irreal, o si, por el contrario, mamá había vuelto. Y entonces la vi como jamás la había visto. Seguía sentada en la escalera, pero su cabeza estaba ahora entre las rodillas, con los brazos recogidos también entre las rodillas y haciendo de pilares para su cabeza perfectamente peinada, se apretaba con las mismas rodillas y no podía verle la cara. Pero más allá de la postura, lo que no pude dejar de recordar durante años, fue la quietud espeluznante de un cuerpo que se mueve. Mi madre era tiempo detenido, en aquel momento, se me vino a la cabeza la imagen de una enorme piedra palpitante, y salí corriendo al coche con un miedo y una sensación de vulnerabilidad casi insoportable. Debió de percatarse de mi huida porque, inmediatamente, la vi llegar al coche con prisa, llamándome y preguntándome si me pasaba algo. Recuerdo examinarla mientras se acercaba para comprobar si era ella o ese pedazo de roca viva que había visto en la escalera, y me hice pis justo en el momento en el que abrió la puerta de atrás del coche. Me cogió de la muñeca para sacarme fuera, y cuando se dio cuenta de lo que me había pasado, decidió que por ese día ya había tenido su hija una lección de realidad lo suficientemente práctica.

La caja de fotos se vino con nosotras, puesta en el asiento del copiloto, como un sherpa de la memoria. Sin embargo, no fue ni ese día, ni muchos días después, cuando vi por primera vez a la niña. Lejos de lo que yo pensaba, sería con tía Rebecca con la que descubrí la cara de tía Elisabetta, un día que vino a casa y mamá le mostró el fajo de fotos. Reconocí su gesto itan parecido al de las tías! pero fragmentado en pequeñas vulnerabilidades, como si cada resquicio de debilidad que advertía en las tías, cada dolencia que se grababa en sus caras, estuviese resumido en el cuerpo y la cara de esa criatura. Tenía la piel morena de quien se pasa el día al sol, mirando hacia algún ángulo inexistente, dejándose amansar por la luz. En aquella foto había mucho más que una joven preadolescente sentada en una piedra, junto a un río. Era muchísimo más, pero eso habría de decírmelo Rebecca. Elisabetta estaba apoyada en un montículo de piedras que formaba un asiento, pero que no era lo suficientemente ancho como para que sobresaliera por los lados del vestido. Llevaba un traje blanco, blanquísimo, casi premonitorio de ceremonias y homilías. Ese atuendo, así puesto, no le tapaba apenas las rodillas ni las piernas, que eran de un barro ya un poco más cocido que el mío a esa misma edad. Esas piernas trataban de mantener un equilibrio que se le suponía. Tenía un pie detrás del otro, con unos zapatos negros y unas calzas

blancas y mal dobladas. Su postura era la de los accidentes, la que tienen los objetos a los que se les ha sometido a un proceso de adaptación a un medio extraño, pero sin resultados. No acerté de inmediato a saber por qué la niña iba vestida de ese modo, pero Rebecca me aclaró que aquel día era la comunión de todas las muchachas de su edad, y que la abuela, les hacía los trajes de comunión a todas, de modo que las pequeñas diferencias que había entre unas y otras, en cuanto a complexión, eran solucionadas por las maravillosas manos de la tejedora que llevaba dentro.

Pero fue mucho más lo que descubrí gracias a la tía Rebecca, cosas que mi madre nunca me habría contado por pudor, cosas que tía Sabrina seguramente no recordaría y que Carola haría lo posible por decorar o endulzar, pero que sin embargo tía Rebecca contó con la crudeza de quien se ha sepultado las manos en un cajón de cemento.

Saliendo de la casa a la derecha corro y corro como una enviada del demonio, que debe dar noticias al río, para que sepa que aquí, en el pueblo, hay muchos como él, seres odiosos, furtivos del infierno que me comen desde los dedos de los pies hasta mi barbilla. Mi amor no se repartirá nunca entre los pescadores ni entre los furiosos limpiadores de truchas que junto al río afilan sus cuchillos. ¿Uno es para mí? Pregunté un día a uno de ellos ¿Uno es para mí? Supliqué un día a uno de ellos, uno es para limpiar mi maldita inocencia ¿verdad? Y sus ojos echaron chispas, y yo muero y muero cada vez más desde casa hasta el río pasando por el pozo, subiendo al cielo, bajando a través de puñaladas de aire. Todos los días me escapo de la casa, de la foto, del pozo y de los cuchillos. Acabo siempre por sentarme en mi propio sueño y hablo a los pescadores. Hay uno muy guapo, hay uno que me mira, pero sus ojos son negros, o están vacíos.

Colas de fuego me contó Tía Rebecca que hacían las manos de mi abuela cuando la sacaron del pozo, cuando la despojaron de todo lo que tenía alrededor de su piel y que, obviamente, no permitían ver a los que estaban allí. Sin duda, no eran ni mamá, ni tía Carola, ni tía Sabrina. No así tía Rebecca, que, como la mayor de las cinco, y como sustento de la abuela, sí que fue al encuentro del cuerpo inerte de la niña. Los carabinieri llegaron muy de madrugada, cuando casi no había amanecido. Decir que despertaron a la abuela era absurdo,

ya que, según la tía, no dormía desde hacía tres días que había desaparecido, y el abuelo, a pesar de que sí dormía, lo hacía como una fase más de su trabajo de labranza, y, por lo tanto, sus ojos estaban cerrados, pero su mente le hacía gritar desesperadamente cada poco tiempo durante la noche.

Recuerda Rebecca que la autoridad, en el pueblo, no solía ser demasiado piadosa cuando llamaba a alguna casa. Tenían la costumbre de golpear la puerta con energía, y esos golpes en un principio le parecieron un grito de Elisabetta. Tía Rebecca albergó durante unos segundos la esperanza de que fuera ella, pero me reconoció que en el mismo momento en el que puso los pies en el suelo de la habitación, se dio cuenta de que no era ni la hora ni la fuerza de la niña. Con lo que pasó a imaginarse que, en alguna parte, su hermana pequeña, había dado señales. Inmediatamente el grito de la abuela la hizo caer en una oscuridad en la que no era capaz de ver ni siquiera sus propias manos, se cegó inmediatamente, estática y pétrea, no salió de la habitación hasta que el abuelo abrió la puerta con la carabina en la mano y dijo -¡Vámonos! ¡rápido! ¡que por la puta de Eva que mato a alguien hoy! En ese momento la tía Rebecca solo pudo ponerse un vestido que tenía encima de la mecedora de la habitación y una chaquetilla de lana de color negro que le había hecho tía Carola.

Me contó que desapareció el mismo día de la comunión y que la foto, en cambio, se la hicieron tres días antes de desaparecer. Lo supieron porque la abuela reconoció en el traje una labor de respunte que arreglaría la noche previa a la comunión. Ese mismo día, el de la fiesta, la abuela había encargado al fotógrafo del pueblo que hiciera unas fotografías a la cría con sus amigas, delante de la ermita, pero en el momento de juntarlas a todas, Elisabetta ya no estaba, nadie sabía dónde se había metido, y tanto la abuela como el abuelo, se enfadaron muchísimo porque hacía ya varios días que de un momento a otro la volatilidad de la niña los dejaba mudos. Se iba y volvía continuamente. Por las mañanas llegaba tarde de la escuela y por las tardes, sin más, se sentía una ausencia repentina que indicaba su huida. Rebecca cuenta que durante esos días enviaban a mamá a buscarla. Volvían ambas con una especie de sonrisa concatenada, interior, metida hacia dentro, pero visible a los ojos de Rebecca, que mucho sabía de sus hermanas y de sus secretos. Llegado el momento la abuela había indicado ya con un gesto de mano que las demás, las tías, corrieran a buscarla, y todas, inconscientemente, miraron a mamá pensando que siempre la encontraba en el mismo lugar. Esto lo sabrían más tarde, después de encontrar el cuerpo. Reconocería mamá que la chiquilla siempre estaba en la roca

que hay al lado del río, justo en el mismo sitio donde aparece en la fotografía que me enseñó por fin tía Rebecca. Pero que no siempre que iba a buscarla estaba sola, esto no me lo contaría mamá, sino Rebecca. La niña se veía con un pescador del río, un chico algo mayor que ella y que llevaba siempre una cámara colgada del cuello. No era desconocido para mamá, ni para Sabrina, ni para la abuela, ni para Rebecca ni para Carola, sí para el abuelo que no tenía ninguna vida social. Sandro pequeño, más que amigo de Sabrina, más que encubierto por Carola, no soportado por Rebecca, indiferente a la abuela y... ¿para mi madre?

Más que colas de fuego se reparten mis venas, que, saciadas de profundidad y de agua, han aprendido a arder en la lluvia que me bañó los tres días. Amor, amor glorificado del día de mi espanto, acerbo amor que me encontró sin la mayor de mis virtudes, la desconfianza, la prudencia, miel que me diera mi madre, y sombra de sospecha que me diera mi padre. Enjuague deseado, ahora te enfrentarás a la daga de la impudicia, cuando de aquí, de este agujero, extraigan tus uñas, tu cabello y tu miserable abrazo de hierro. La luna me ha visto tres veces abrir los ojos desde aquí abajo y me ha dicho lo que tenías en tus manos al tiempo que a mí. Retorcida carroña de animal infecto, saldrá el aroma de cuanto atrapaste con tus manos y con tu corazón. Ella lo dirá todo, lo contará todo, y ninguno estará más tranquilo que mi ridículo corazón.

Sandro fue a prisión, a la otra punta de Italia. Según Rebecca no salió de allí, bueno, me aclaró que no salió vivo. Murió y bien que se alegraban las hermanas. Por desgracia para entonces los abuelos ya habían fallecido. Sin embargo, esa tarde en casa, con tía Rebecca y mamá encerrada en su habitación tras dar la fotografía a la tía, le pregunté algo que no dejaba de sorprenderme y causarme espanto. ¿Cómo tenían la foto que delataba al chico? ¿De dónde la habían sacado? ¿Cómo llegó a manos de mi familia ese mismo día, siendo la prueba de la autoría del crimen? La tía respiró hondo, mantuvo el aire en el pecho, lo soltó lentamente, y mientras se le hacían úlceras en los ojos apretó los dientes y dijo - ¿Has visto volar el silencio cuando nos juntamos las cuatro?

